IX

PRESTIGIOS

Poco tiempo después aconteció un suceso que hizo época en mi vida. Asistí a la representación de una obra teatral. Mis padres no solían ir a los espectáculos, y para que me llevasen a uno fué preciso que se reunieran circunstancias extraordinarias. Fué preciso que mi padre salvara con su ciencia y sus atenciones a la señora de un autor dramático, y que poco tiempo después de aquella curación afortunada representasen un drama histórico en el teatro de la Porte-Saint-Martin; fué preciso que, en agradecimiento, el autor enviase un palco a mi padre y que la invitación coincidiese con la única noche de la semana en que me era posible trasnochar, el sábado, precisamente el día en que los directores de teatros conceden menos billetes de favor; fué preciso por último que la obra, por sus condiciones, no ofendiera a los oídos inocentes.

Durante veinticuatro horas viví agitado por el temor y la esperanza, devorado por la fiebre mientras llegaba aquella felicidad inaudita que mil eventualidades podían destruir. Era lógico temer hasta el

último instante un aviso para el doctor que le obligara a visitar de pronto a un enfermo. Aquel día el sol no acababa de ponerse; la comida, de la cual no me fué posible tragar un solo bocado, me pareció interminable, y sentí ansias mortales, temeroso de llegar con retraso. Mi madre no acababa de vestirse; la parecía una desatención perder las primeras escenas, y sin embargo malgastaba un tiempo precioso en ponerse flores en el pecho y en la cabeza. Mi querida mamá estudiaba ante su armario de espejo su vestido de muselina blanco recubierto de una túnica transparente sembrada de lunares verdes, y concedía una importancia que yo conceptué inverosímil o por lo menos frívola, a la línea que dibujaba su pañoleta sobre su corpiño, a los bordados de sus mangas y a otros diversos detalles de su atavío. Luego he reformado mi opinión. El coche que avisó Justina, aguardaba. Mi madre perfumó su pañuelo y salió a la escalera, pero cuando había bajado ya varios escalones advirtió que había dejado olvidado el frasco de sales sobre el tocador y envióme a buscarlo. Por fin llegamos al teatro; nos introdujeron en un palco rojo que se abría sobre una sala anchurosa, donde se confundían los murmullos de las conversaciones y los sonidos inarmónicos de los instrumentos que los músicos afinaban. Me impresionó la solemnidad de los tres golpes sobre el tablado, seguidos de un silencio profundo, y al levantarse la cortina me creí verdaderamente arrebatado de un mundo a otro.

¡A qué fastuoso mundo me asomaba! Habitado por caballeros, pajes, damas y damiselas, me pareció la vida más espléndida y brillante que en el mundo donde mi nacimiento me había colocado; las pasiones eran más terribles y la belleza más bella. En aquellas anchurosas salas góticas, las costumbres, los gestos, las voces, embargaban los sentidos, sorprendían a la imaginación y exaltaban los sentimientos. Para mí ya sólo existía el mundo encantador abierto de pronto a mis curiosidades y a mis amores. Una irresistible ilusión se apoderaba de mí, y cuanto hubiera debido destruirla recordándome que asistía a las ficciones del teatro, el tablado, los frisos, las bambalinas que figuran el cielo, los bastidores que encuadran la escena: me retenía más fuertemente en el círculo mágico. El drama nos trasportó a los últimos años del reino de Carlos VII, y ninguno de los personajes que asomaron a la escena, ni siquiera el sereno y el alguacil, dejó de impresionar mis ojos con una viva imagen; pero al aparecer Margarita de Escocia una turbación extraordinaria se apoderó de mí, sentíme ardoroso y helado y estuve a punto de desmayarme. Comprendí que la amaba. ¡Era tan hermosa! Nunca pude imaginar que existiese una mujer tan hermosa. Se me apareció pálida y melancólica en la noche. La luna, que indudablemente era una luna de la Edad Media por su cortejo de nubes lúgubres y por su gusto en acariciar los campanarios, lanzaba sobre la joven delfina rayos de plata. No se me ocurre qué

orden convendría seguir en este relato a través del tumulto de mis recuerdos. Admiré la blancura de Margarita, y al ver sus ojos cercados de azul supuse que aquello era un signo de aristocracia. Casada con el delfín Luis se había enamorado del arquero Raúl, joven y hermoso, ignorante de quiénes fueron sus padres, lo cual le daba un aspecto de profunda tristeza. No es posible culpar a la delfina por su amor hacia el arquero Raúl cuando se sabe que el arquero es un hijo de Carlos VII. Advertido por los astrólogos de que moriría a manos de ese hijo, lo ocultó desde su nacimiento y lo sustituyó por un niño cualquiera, que fué por esta razón delfín de Francia y marido de Margarita de Escocia; de modo que en realidad era Raúl a quien Margarita estaba destinada. Ella no lo sabe: Raúl lo ignora; pero una fuerza misteriosa los atrae el uno hacia el otro.

Los entreactos que me transportaban de nuevo a la vida cotidiana me parecían de una brutalidad odiosa, y los gritos de los vendedores: «¡Jarabe! ¡Limonada! ¡Cerveza!», aun cuando eran nuevos para mí, y por lo tanto sin vulgaridad, me desconcertaban por su carácter profano.

Vi en el programa que el papel de Margarita de Escocia era interpretado por la señorita Isabel Constant, y este nombre se grabó en mi pecho con dulces ardores. Aún me quedaba comprensión bastante para distinguir entre la figura de la obra y su intérprete; pero atribuí a la señorita Constant el carácter de Margarita de Escocia, tal y como el dramaturgo

lo había presentado: el gusto por las letras, un alma generosa y pura, un corazón noble, una melancolía romántica.

Durante el último entreacto el autor, corpulento, grisáceo y de cutis granoso, entró en el palco y le vi saludar a mi madre con suma cortesía. Fué inútil que posara su mano sobre mi cabeza, como años antes lo hizo la famosa Raquel; fué inútil que me hablase amablemente de mis estudios, me felicitase por mis precoces aficiones y me exhortase a estudiar a fondo el latín, que también él poseía y al cual atribuía la fuerza de su estilo, muy diferente de la de sus camaradas dramáticos que escriben como una mula: yo le contesté apenas y sin mirarle. Si él hubiera conocido la causa de mi indiferencia le agradara, pero probablemente le parecí estúpido, y no atribuyó mi estupidez a la impresión que su obra me producía. Se alzó de nuevo el telón y empecé de nuevo a vivir. Me devolvían a Margarita de Escocia; ¡ay!, pero solamente la encontré para perderla al punto. Murió a manos del delfín Luis en el momento en que el arquero Raúl se arrojaba a sus pies. El arquero Raúl cayó herido por el mismo puñal, y en su agonía supo que Margarita le amaba. ¡Cómo envidié su fortuna!

El lunes, en la clase de la mañana, ¡con qué soberano desdén miré a mi profesor que insistía en la importancia de distinguir perfectamente las tres voces de los verbos griegos, ¡como si hubiera en el mundo algo importante, a no ser la señorita

Isabel Constant, su gloria y su belleza! Mientras contemplaba la imagen adorable impresa en mi corazón, ni siquiera oía las explicaciones del señor Beaussier acerca de la voz media que no responde al verbo puramente reflexivo como se suele suponer. Esta falta de atención incapacitóme para decidir cuando el profesor me preguntó acerca de las dos versiones de una palabra, evidentemente distintas. En vez de responderle al azar, con probabilidades de acierto, ya que solamente debía elegir entre dos cosas, permanecí callado como un estúpido, y me llamaron idiota, injuria que me pareció entonces más cruel, porque el amor infunde orgullo a las almas.

Durante el recreo referí el espectáculo que había decidido mi porvenir a mi amigo Alsine, cuya alma exquisita me pareció adecuada para mis confidencias; pero con sorpresa de mi parte, Alsine, lejos de admirarse y conmoverse, me oía con sonrisita burlona, y cuando le describí la hermosura de Isabel, me respondió con un juego de palabras molesto, propio de su espíritu políglota.

El espíritu de Alsine tenía sus ruindades.

Al salir del colegio con nuestras carteras bajo el brazo, cuando, según costumbre, Fontanet y yo pasábamos por la calle de Cherche Midi y por la calle de Saints-Pères, no pude contenerme y le hablé de lo único interesante para mí, entusiasmado, y temeroso al mismo tiempo de sus burlas. Al contrario de lo que yo temía, me oyó con seriedad y

me alentó con su silencio a vaciar toda mi alma. Satisfecho de hallar cuando menos lo supuse un corazón capaz de comprenderme, describí a mi condiscípulo el estado a que me condujo la aparición de Margarita de Escocia, blanca bajo los rayos de la luna.

Fontanet me contempló seriamente y me dijo:

—Desconfía, Nozière, desconfía. La mujer es pérfida.

Y añadió con una violencia inesperada:

—Cuando amamos a una mujer, cuando hemos pisado con ella el musgo de los bosques, cuando hemos adornado sus cabellos con rosas silvestres, cuando nos hicimos juramentos a la sombra de un tilo: ¡Si esa mujer es infiel, resulta una situación horrible! Ya no quedan motivos para vivir; la existencia es absurda; el hombre se convierte en una sombra o en un cadáver.

Evidentemente aquellas frases no respondieron con exactitud a las mías, pero transpiraban amor; y de este modo Fontanet y yo alternamos nuestros cánticos, lo mismo que los pastores de las églogas. Aquello era para mí un gozo y una sorpresa. Nunca me habló Fontanet, hasta entonces, de la perfidia de las mujeres, y nunca le había oído expresarse con tanta exaltación. Sus habituales conversaciones daban lugar a suponerle más bien aficionado a los negocios, y yo le admiraba sobre todo como hombre de Estado; pero en aquel momento Fontanet no se preocupaba de la vida pública; entregado

por completo al amor fatal, anunciaba resoluciones bárbaras.

—¡Ah!—exclamó—, ¡disfrutar las delicias de la venganza!

—Yo quisiera volver a verla, aunque sólo fuese un momento—dije emocionado—; verla pasar...

Fontanet murmuraba el nombre de Magdalena, como si aquel nombre le produjera magníficas torturas.

—¿Quién es Magdalena?—le pregunté algo confuso—. ¿Dónde la conociste?

Fontanet me respondió con gravedad:

—Magdalena es la heroína de una novela, que es una historia real. La leí el domingo en el jardín del Luxemburgo, sentado en un banco ante la estatua de Velleda. Esa novela se titula *Bajo los tilos;* es necesario leerla para conocer las pasiones. Te la prestaré.

Los días sucedieron a los días sin que yo olvidara a Isabel. Me preguntaba en qué palacio habitaría, por qué deliciosos jardines pasearía; pero no encontré a nadie que pudiera decírmelo. Me faltaban relaciones en el mundo del teatro. Sin referencias exactas, la proporcioné un retiro a mi gusto, un palacio del siglo XV, donde mi imaginación amontonaba todos los esplendores de Oriente. Un jueves encontré en la calle de Tournon a mi vecino el señor Menage, que volvía del Museo del Luxemburgo donde copiaba por necesidad, pues era un

encargo, *El llamamiento de los condenados,* cuadro sentimental. Lamentaba la decadencia de las artes; lanzaba invectivas contra los filisteos, naturales enemigos del genio; maldijo la pintura clorótica de Ary Scheffer, y horrorizado y asqueado por todo lo presente, lanzó anatemas contra la poesía, la novela y el teatro burgués. A fuerza de malicia y de paciencia conseguí que hablásemos de teatros, y le pregunté si conocía a la señorita Isabel Constant.

—¡Ah! — exclamó sonriente—, Isabelita Constant... Es la hija del señor Constant, el peluquero de la calle Vavin. Desde aquí se ve la puerta de su tienda azul, sobre la cual una bola de oro sostiene una cola de caballo. En una jaula puesta en la ventana del entresuelo trinan los canarios de Isabelita, y ella, por su gracia, su viveza y su ingenio, también parece un pajarito encantador... Pero ¡hay que ver a su mamá, con el sombrero orlado de amapolas, sus tirabuzones atados a las orejas con un cordelito rojo, su chal amarillo y su cestita! No deja un momento a Isabel, la acompaña al teatro, le hace sorber huevos crudos para que se le aclare la voz, se instala en el cuarto de la niña, recibe a los críticos y a los pretendientes, detalla a quien la quiere oír todos los encantos de Isabel y las medicinas que le administra, toma con su hija el último «ómnibus»... Si quieres ver a Isabelita Constant, la cosa no es difícil. Todos los lunes, invariablemente, el señor Constant le lava la cabeza con ron-quina, y a eso de las

cuatro, si hace buen tiempo, la lleva al jardín del Luxemburgo, la hace sentar en una silla de tijera, y fuma su pipa sin apartarse, mientras los cabellos de la criatura se secan al sol...

X

AMISTAD VANA

Yo formaba parte, con Alsine y Fontanet, del grupo de los peripatéticos, y durante los recreos paseábamos a lo largo del patio, mientras discurríamos acerca de todo lo conocido y lo incognoscible. No será una sorpresa para los inteligentes enterarse de que los más arduos problemas eran los resueltos por nosotros con mayor sencillez.

Para nosotros apenas hubo dificultades metafísicas, y nunca tropezamos en conceptos relacionados con el tiempo y con el espacio, con el espíritu y con la materia, con lo finito y con lo infinito. Sólo yo me preocupaba algo ante lo arduo de tales asuntos, y sin duda por esto Fontanet desconfiaba de la profundidad de mi criterio.

Muchas veces hablábamos de la elección de carrera, y a medida que avanzaban los estudios esta cuestión se nos ofrecía con más interés. Al sentirse poseído por la misma enfermedad que mató a su padre en plena juventud, Alsine hacía más proyectos que ninguno de nosotros, para engañarse. Sus notables aptitudes lingüísticas le impulsaban